

Del racismo y la construcción de fronteras morales a la resistencia y el cambio social: la sociedad civil frente a las migraciones forzadas

Resumen

Frente a las migraciones forzadas el papel de la sociedad civil es ambivalente: se observan respuestas organizadas y espontáneas tanto de profundo rechazo xenófobo y racista, como de verdadera acogida y solidaridad. Mostramos cómo un sistema que excluye, discrimina y usa la violencia (cultural, estructural y directa) contra de las personas en busca de refugio necesita de la indiferencia, es decir de una legitimación (aunque sea pasiva), por parte de la sociedad civil para ejercer su poder y control.

En este artículo examinamos una de las expresiones menos visibles del racismo contemporáneo: la existencia de fronteras morales, líneas invisibles que separan y excluyen a parte de la humanidad de nuestro espacio de preocupación moral. En este proceso de legitimación las fronteras morales juegan un papel fundamental. Además, proponemos estrategias de intervención desde la sociedad civil que pueden contribuir de forma eficaz al necesario cambio social, y que consideramos una respuesta posible al actual sistema de dominación.

Palabras clave

Racismo. Fronteras morales. Refugiados. Comunicación para el cambio social.

From racism and moral boundaries work to civil resistance and social change: the civil society face to forced migrations

Abstract

Civil society has an ambivalent role in front of forced migrations: on one side civil society provides spontaneous and organized responses full of deep xenophobic and racist rejection but also, it offers reactions of true welcome and solidarity. On this article, we show how a system that excludes discriminates, and uses violence (cultural, structural and direct) against people who are looking for shelter, justifies the indifference to exercise its power and control.

In this article we examine one of the least visible expressions of contemporary racism: the existence of moral boundaries which are invisible lines that separate and exclude a part of humanity from our space of moral worries. In the process of legitimating, moral boundaries play a vital role. Also, we propose intervention strategies from civil society that can effectively contribute to the necessary social change, and we consider a possible answer to the actual domination system.

Keywords

Racism. Moral Boundaries. Refugees. Communication for Social Change.

Authors/Autores

Maria-José Aguilar-Idáñez

Catedrática de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Universidad de Castilla-La Mancha y Directora del GIEMIC.
mariajose.aguilar@uclm.es

Daniel Buraschi

Pedagogo Social y doctorando en trabajo social. Investigador del GIEMIC (Grupo Interdisciplinar de Estudios sobre Migraciones, Interculturalidad y Ciudadanía).
buraschidaniel@hotmail.com



RECIBIDO: 04.07.16 | REVISADO: 02.08.16 | ACEPTADO: 29.08.16 | PUBLICADO: 05.09.16

Del racismo y la construcción de fronteras morales a la resistencia y el cambio social: la sociedad civil frente a las migraciones forzosas

Introducción

Nuevamente asistimos a esa disociación entre las necesidades de las personas, la lenta y torpe administración pública y la generosidad ciudadana. Donde otros ven problemas, ésta última encuentra resquicios para el ejercicio de la solidaridad que humaniza y construye sociedades democráticas.
Javier Baeza (2016)

Frente a las migraciones forzosas el papel de la sociedad civil es ambivalente: se observan respuestas organizadas y espontáneas tanto de profundo rechazo xenófobo y racista, como de verdadera acogida y solidaridad. En este artículo examinamos una de las expresiones menos visibles del racismo contemporáneo: la existencia de fronteras morales, líneas invisibles que separan y excluyen a parte de la humanidad de nuestro espacio de preocupación moral. Además, proponemos estrategias de intervención desde la sociedad civil que pueden contribuir de forma eficaz al necesario cambio social.

Visibilizar las fronteras morales y comprender su conexión con la lógica del racismo es clave para comprender la indiferencia y la desconexión de buena parte de la sociedad con las personas que huyen en busca de refugio, protección o, simplemente, poder vivir con dignidad. Y porque el modo en que podemos desarrollar estrategias de resistencia para propiciar el cambio social necesario, ha de hacerse mediante la de-construcción de dichas fronteras morales. Algo que, fundamentalmente, se juega en la mediapolis (Silverstone, 2010) y donde la sociedad civil y los movimientos sociales tienen un papel protagonista.

En este texto pretendemos mostrar cómo un sistema que excluye, discrimina, usa la violencia

(cultural, estructural y directa) contra las personas en busca de refugio necesita de la indiferencia, es decir de una legitimación (aunque sea pasiva), por parte de la sociedad civil para ejercer su poder y control. En este proceso de legitimización las fronteras morales juegan un papel fundamental. Por otra parte, identificamos algunas estrategias de resistencia para el cambio social, que consideramos una respuesta eficaz desde la sociedad civil al actual sistema de dominación.

1. ¿De qué hablamos cuando decimos “fronteras morales”?

En una época caracterizada por la interconexión y la simultaneidad de los intercambios sociales, paradójicamente aumenta de forma desmesurada la distancia social que separa determinadas categorías de personas. Los medios de comunicación rompen las fronteras físicas con imágenes impactantes e información más o menos constante, pero la conexión entre las zonas en las cuales se vive la tragedia de las personas desplazadas forzosas y las regiones seguras que observan el “horror a distancia” está separada e interrumpida por fronteras que inhiben la indignación y el sentido de responsabilidad.

La paradoja moral está presente no solamente en nuestra “empatía selectiva”, sino también en la transformación de nuestras actitudes hacia las personas que huyen pidiendo socorro según la cercanía a nuestras fronteras: sentimos piedad o compasión (sin comprometernos) por la situación de las personas refugiadas que están lejos de nuestras fronteras y sentimos miedo y rechazamos a las mismas personas cuando están cerca o dentro de nuestras fronteras. Es decir: la distancia física es inversamente proporcional a la distancia social.

From racism and moral boundaries work to civil resistance and social change: the civil society face to forced migrations

La defensa de los derechos de las personas en busca de refugio pasa por la comprensión de los mecanismos que están detrás de estas paradojas morales, es decir pasa por comprender la indiferencia, la apatía y la consiguiente exclusión de estas personas de nuestro espacio moral (Opotow, 1990) y pasa por comprender el papel de la interconexión entre medios de comunicación, discurso de las élites y discurso social en la construcción de lo que denominamos fronteras morales.

La indiferencia hacia las personas en busca de refugio, lejos de ser una patología social, es el resultado de la normalización de las desigualdades, una actitud que contribuye a la construcción de fronteras que excluyen de la esfera de los derechos y de responsabilidad moral a grupos enteros de personas. La violación sistemática de los derechos de estas personas, la violencia en las fronteras de Ceuta y Melilla, las devoluciones en caliente, la flagrante omisión de socorro, la impasibilidad frente a los naufragios (Amnistía internacional, 2016 y CEAR, 2015) no serían posibles sin la existencia de fronteras morales que privan a las personas desplazadas del estatuto de sujetos morales.

Las fronteras que impiden que personas en fuga de la violencia puedan encontrar refugio no son solamente políticas y administrativas. La población del mundo está separada por fronteras simbólicas (Lamont y Molnár, 2002), que se articulan a través de imágenes, acciones, formas discursivas, esquemas mentales, emociones, sentimientos y símbolos que constituyen representaciones sociales compartidas.

Estas fronteras simbólicas definen la identidad, las características y los límites de los grupos. Cuando estas fronteras separan a grupos en conflicto, en competición, o grupos cuya relación se

caracteriza por una fuerte asimetría de poder, se transforman en fronteras morales. Es decir, líneas de separación simbólicas que colocan a determinados grupos fuera de los márgenes en los que nos sentimos obligados a aplicar normas morales y de justicia. Dicho de otra forma, cuando las fronteras políticas y administrativas separan espacios altamente asimétricos, espacios de desigualdad polarizada, la exclusión moral es justificada mediante la construcción de fronteras morales. que nos permiten aceptar y condescender actos que nos resultarían inconcebibles al interior de nuestro espacio moral. En este contexto la indiferencia no es solamente una actitud personal, sino un problema social y político porque es un reflejo y una expresión palmaria de nuestras fronteras morales.

Las fronteras morales son un dispositivo fundamental de la tanatopolítica (Foucault, 2008) es decir, del poder que tiene el sistema de “matar” y “dejar morir” a determinadas personas que representan una amenaza o que son simplemente consideradas “superfluas”. En este contexto las fronteras morales son dispositivos claves para el funcionamiento del poder porque permiten disciplinar (en el sentido foucaultiano del término) las emociones y nuestro espacio moral. Si las fronteras políticas son necesarias para la definición de la soberanía política y “están siendo usadas claramente para mantener las desigualdades globales” (Anderson, 1996, p.191), las fronteras morales son necesarias para justificar nuestra visión del mundo, nuestro horizonte de significado que da sentido a nuestra identidad, nuestra pretensión de humanidad, universalidad y superioridad moral invisibilizando las contradicciones éticas y sociales de la desigualdad global.

Las fronteras periféricas de Europa no representan solamente líneas geopolíticas, sino simbólicas,

Del racismo y la construcción de fronteras morales a la resistencia y el cambio social: la sociedad civil frente a las migraciones forzosas

identitarias y morales que justifican un sistema de desigualdad. La construcción de las fronteras morales permite dar coherencia moral a un sistema inhumano que deja morir cientos de personas en busca de refugio sin que por ello se ponga en duda la humanidad y justicia del sistema. Las fronteras morales cauterizan nuestra “imaginación moral”, nuestra capacidad de representar las consecuencias de nuestras acciones e inacciones (Anders, 2010) y de reconocer la humanidad, y por tanto los derechos morales y jurídicos, de las personas en busca de refugio.

En la perspectiva de De Sousa Santos (2009) el mundo no está separado solamente por fronteras, sino por “líneas abismales” que separan la zona del ser y la zona del no-ser, esta última es la zona de negación radical de la humanidad del otro.

La violencia que caracteriza nuestro sistema de gestión de las fronteras no se podría mantener solamente con el uso del “poder duro” de la fuerza. Es necesario un poder blando, que discipline las emociones de los ciudadanos y que resuelva las eventuales “disonancias morales” entre nuestros valores y el rechazo de las personas que piden socorro y buscan protección. Es decir, marcos de referencia que permiten a los sujetos interpretar situaciones de exclusión, injusticia y violencia sin poner en cuestión el estatus quo.

Las fronteras morales son extremadamente eficaces porque no dependen de una estructura física (la frontera física es solo un símbolo más), porque están dentro de las mentes de las personas, son socialmente compartidas y se mueven con las personas que se quieren excluir: la frontera no está en el lugar, sino que la persona excluida se transforma en frontera.

En este sentido las fronteras morales son poderosas y eficaces fronteras interiores: porque garantizan que las personas a las que tendríamos el deber jurídico y moral de socorrer no solamente se queden fuera del alcance de la justicia, sino de la preocupación moral de los grupos mayoritarios (Bierbrauer, 2000), y por tanto fuera del ámbito de la justicia y los derechos.

La indiferencia es el resultado de un proceso activo de construcción de fronteras morales: no es mera pasividad, sino que es el resultado de un ejercicio de violencia, un borrado activo de la percepción de la humanidad de la otra persona.

Para comprender los procesos de construcción de las fronteras morales hay que tener en cuenta tres elementos: el primero es que no es la diferencia entre los grupos lo que determina las fronteras, sino que son las fronteras las que determinan las diferencias. Es decir, las fronteras morales no existen porque existan diferencias esenciales y radicales entre “nosotros” y “ellos” sino que estas diferencias existen gracias a la construcción previa de fronteras morales. El segundo elemento es que la construcción de las fronteras morales se alimenta del imaginario racista incrustado en nuestro marco cultural. Y el tercer elemento es que las fronteras morales se construyen a través de un círculo vicioso racista entre el discurso mediático, el discurso de las élites y el discurso popular: el discurso de las élites puede capitalizar, orientar, legitimar y normalizar el sentimiento de amenaza y las creencias sociales racistas, creándose, de esta forma, un círculo vicioso en el cual las creencias racistas que anteriormente podían ser implícitas y secundarias, recobran importancia y se transforman en un mapa que permite dar sentido a la incertidumbre. A su vez, el racismo social o popular se refuerza, consolida y se extiende

From racism and moral boundaries work to civil resistance and social change: the civil society face to forced migrations

porque el discurso del miedo presenta fáciles chivos expiatorios, análisis y soluciones simples a problemas complejos, legitima los argumentos basados en la preferencia nacional y normaliza la xenofobia.

Si la energía solidaria que ha mostrado parte de la sociedad civil frente a la crisis de los refugiados quiere canalizarse y concretarse en acciones y estrategias de resistencia eficaces necesita comprender la lógica del racismo, su discurso y su práctica, la vinculación entre racismo institucional, racismo social y el papel de la comunicación en la construcción de las fronteras morales y, finalmente, revalorizar su capacidad de construir nuevos significados y de ampliar nuestro espacio moral a través de procesos comunicativos participativos.

2. ¿De qué hablamos cuando decimos “racismo”?

Las ideas, los discursos y las prácticas racistas se encuadran siempre en un determinado contexto histórico y las expresiones del racismo, su forma de externalización, son muy sensibles a las normas del contexto social. La caída de la legitimidad del racismo explícito ha implicado el nacimiento de nuevas formas más sutiles de racismo, a menudo inatacables jurídicamente. La historia del racismo nos enseña que se trata de un fenómeno que ha sabido adaptarse y transformarse según las circunstancias y los contextos históricos, sociales, culturales y políticos.

Un aspecto clave de las dinámicas racistas contemporáneas es la existencia de un círculo vicioso, entre racismo institucional y racismo social, que se enmarca en lo que podríamos llamar el *paradigma securitario*, caracterizado por la construc-

ción social del inmigrante o del refugiado como amenaza: representa un peligro porque a menudo está en el centro del imaginario sobre criminalidad; compite por el acceso a recursos que, sobre todo en épocas de crisis son limitados (educación, trabajo, vivienda, servicios sociales etc.); y es una amenaza simbólica en el sentido que atenta contra los valores tradicionales e identitarios.

Son numerosas las manifestaciones en Europa de racismo contemporáneo que se pueden inscribir en este paradigma securitario: la existencia de los Centros de Internamientos de Extranjeros (CIE), los controles policiales arbitrarios en las calles por fenotipo (redadas racistas), las expulsiones ilegales del territorio nacional (vuelos de deportación), el surgir de nuevos movimientos políticos islamófobos como PEGIDA, el auge de los partidos de extrema derecha y las políticas restrictivas en materia de asilo político, la representación mediática de las personas refugiadas como amenaza, etc.

Desde nuestro punto de vista los dos elementos fundamentales del racismo son la dominación y la racialización. Estos dos elementos nos ayudan a comprender la función y el proceso de construcción de las fronteras morales. *Dominación* en tanto que el racismo es un principio estructurador del sistema y una manifestación concreta del poder y la opresión de un grupo sobre otros. En este sentido las fronteras morales, como hemos planteado en los párrafos anteriores, cumplen un importante papel de justificación y legitimación de la opresión y de la violencia.

Con el concepto de *racialización* entendemos que las diferencias fenotípicas, sociales, culturales, religiosas etc. se piensan como si fueran naturales, esenciales, como si fueran marcadores de una supuesta raza. El racismo implica una di-

Del racismo y la construcción de fronteras morales a la resistencia y el cambio social: la sociedad civil frente a las migraciones forzosas

ferenciación esencial y radical entre grupos humanos, el reduccionismo de la complejidad de las personas a pocas características vinculadas con un grupo (identidad cultural, fenotipo, pertenencia étnica, religión, idioma) y una relación determinista entre estas características y la forma de ser de una persona. Es la racialización lo que permite transformar fronteras simbólicas que separan grupos de personas en fronteras rígidas, radicales, abismales.

En este contexto definimos el racismo como *un sistema de dominación de un grupo sobre otro basado en la racialización de las diferencias, en el que se articulan las dimensiones interpersonal, institucional y cultural. Se expresa a través de un conjunto de ideas, discursos y prácticas de invisibilización, estigmatización, discriminación, exclusión, explotación, agresión y despojo.*

Por su carácter multidimensional el racismo es un fenómeno complejo ya que sus dimensiones están fuertemente relacionadas e imbricadas entre sí, retroalimentándose mutuamente. Las dimensiones fundamentales del racismo son:

Dimensión interpersonal

Incluye dos niveles o aspectos, el *actitudinal* (los prejuicios, las creencias, las orientaciones previas a la acción) y el *conductual* (que abarca desde las micro-prácticas de rechazo cotidiano, hasta la violencia directa). Estos dos niveles no siempre están presentes conjuntamente: los prejuicios pueden no concretizarse en acciones porque las circunstancias o la presión social sancionen su expresión (es, decir, porque esté “mal visto” socialmente) o los prejuicios pueden ser automáticos, por la activación espontánea de asociaciones mentales que no son necesariamente aprobadas de manera personal, pero que se encuentran incrustados en nues-

tro horizonte cultural (Devine, 1989). Asimismo, se pueden dar casos de discriminación que no se basan en actitudes negativas hacia un determinado colectivo sino en el hecho de no haber tomado en consideración sus particularidades (como ocurre en algunas formas de discriminación indirecta) o los sentimientos negativos pueden ir acompañados de estereotipos de carácter positivo que sirven para mantener el sistema de dominación.

Dimensión institucional

Esta dimensión del racismo se expresa en dos niveles: *sin actores* (normas, leyes, reglamentos, políticas públicas, mecanismos de asignación y acceso a recursos, etc.), y *con actores* (prácticas de representantes institucionales, discurso político, prácticas de empleados públicos encargados de aplicar las leyes e implementar políticas, etc.). La dimensión institucional del racismo está constituida por el conjunto de políticas, prácticas y procedimientos que perjudican a algún grupo étnico (o racial) impidiendo que pueda alcanzar una posición de igualdad. Se produce en diferentes ámbitos, entre los cuales podemos destacar, por su importancia, los siguientes: 1) los discursos de los representantes institucionales y la utilización pública y con fines electoralistas de los discursos xenófobos, en particular de los discursos de “preferencia nacional” (pensemos, por ejemplo, en los mensajes que transmiten una idea de conflicto y competencia desleal entre trabajadores migrantes y nacionales); 2) las conductas discriminatorias de los funcionarios que representan la Ley y el Estado (policía, funcionarios de extranjería, militares etc.); 3) las medidas, regulaciones, leyes y decretos que limitan los derechos sociales, políticos, económicos y culturales de las personas según su lugar de nacimiento, “raza”, “etnia”; y 4) el culturalismo y etnocentrismo que estructuran las políticas socia-

From racism and moral boundaries work to civil resistance and social change: the civil society face to forced migrations

les y orientan la intervención social de los profesionales que trabajan en contextos multiculturales en el ámbito social, sanitario y educativo.

Dimensión cultural

Visiones del mundo, doctrinas, teorías, ideas, y todos los elementos que constituyen la cultura dominante, y que cumplen siempre una función ideológica aunque no se expresen bajo la forma de una ideología explícita o concreta. Hay que tener en cuenta que la discriminación no se basa siempre u obligatoriamente en una clara ideología racista, pero sí se encuadra siempre en un universo cultural incrustado de elementos racistas que pueden quedar latentes, pero que se recuperan fácilmente si el sistema de dominación lo necesita.

3. La mediapolis como campo de batalla

No podemos entender los procesos de construcción de fronteras morales sin tener en cuenta las triple dimensión interpersonal, institucional y cultural del racismo. De hecho, podemos afirmar que las fronteras morales son una expresión paradigmática, particularmente insidiosa y extremadamente eficaz de racismo, es decir un dispositivo que legitima la dominación basado en una racialización de las líneas (simbólicas, ambiguas y construidas) que separan “los migrantes”, “los otros”, de “nosotros”.

La articulación de la dimensión institucional, cultural e interpersonal del racismo se lleva a cabo sobretudo en lo que Silverstone (2010) denomina la *mediapolis*, “el espacio público mediático donde, cada vez más, se desarrolla la vida política contemporánea, tanto a escala nacional como glo-

bal, y donde la materialidad del mundo es construida a través de discursos públicos y acciones comunicadas (principalmente) mediante medios electrónicos” (Silverstone 2010: 56). En la *mediapolis* juegan un importante papel los medios de comunicación tradicionales, pero están cobrando cada vez más protagonismo y cada vez más poder de definición de la realidad las redes sociales. Es esa capacidad para construir el relato dominante y para nombrar las cosas, lo que confiere a la *mediapolis* su enorme poder de definición y construcción de la realidad.

Hablamos de *mediapolis*, y no solamente del papel de los medios de comunicación, porque las fronteras morales son el resultado de la interacción y retroalimentación constante entre medios de comunicación, discurso de las élites y discurso social-popular. La *mediapolis* tiene el poder de “proveer –con distintos grados de coherencia– los marcos de referencia (o los mundos de referencia) para la presentación del otro, hasta el punto que, de hecho, acaban definiendo el espacio moral en el que nos exponemos al otro, y al mismo tiempo sugieren (exigen, condicionan) en la audiencia una respuesta moral similar, en tanto que ciudadanos potenciales o reales” (Silverstone 2010: 22).

Siguiendo la propuesta de Silverstone, los medios de comunicación, a través de un intenso trabajo de construcción de fronteras (*Boundary Work*) definen la “distancia apropiada” entre quien mira cómodamente la televisión y quien sufre una injusticia. La distancia apropiada es la distancia que nos permite sentirnos informados, entristecemos o conmovemos frente al sufrimiento de las personas no-refugiadas, sin sentirnos responsables, sin sentirnos culpables, sin poner en discusión nuestro estilo de vida, nuestro sistema y nuestras instituciones.

Del racismo y la construcción de fronteras morales a la resistencia y el cambio social: la sociedad civil frente a las migraciones forzosas

Las fronteras morales cumplen la función de definición de la distancia y permiten gestionar de forma dinámica y eficaz la “política de la atención” mediática (Rancière, 2010): una atención que nos permite ver e indignarnos sin comprometernos y sin cuestionar el sistema de poder. El trabajo de construcción de fronteras es dinámico y, de hecho, va adaptándose a las exigencias contextuales del poder: las fronteras morales que excluyen a las personas en busca de refugio son diferentes según su distancia de las fronteras físicas.

En un reciente artículo (Buraschi y Aguilar, 2016) hemos identificado dos grandes marcos de referencia en la definición de las fronteras morales según las personas no-refugiadas¹ estén lejos de nuestras fronteras o estén cerca (o dentro): el marco de la “compasión sin compromiso” y el marco “securitario”.

La “**compasión sin compromiso**” es el marco de referencia común en la representación mediática, el discurso político y social sobre las personas refugiadas que están lejos de las fronteras, malviviendo en un campo de refugiados en medio oriente. La representación del drama de estas personas nos genera una compasión inocua (Sontag, 2003), una compasión sin ninguna complejidad moral que acaba en una exotización del horror y de los lugares donde éste ocurre aumentando la línea abismal que separa el mundo de las víctimas de nuestro mundo (Chouliaraki, 2006).

El **paradigma securitario**. Cuando las personas no-refugiadas intentan cruzar nuestras fronteras o ya están en nuestro lado de la frontera el marco de referencia cambia y la “compasión sin compromiso” deja espacio y da paso al paradigma securitario, es decir que las personas en busca de refugio representan una amenaza (Saxton, 2003)

y frente a sus necesidades hay que dar prioridad a las personas “de aquí”. Un marco de referencia propio de la extrema derecha pero que tiene particular éxito en el contexto de la crisis económica. Los estudios de Moore (2012) en Reino Unido muestran como la interacción entre el discurso populista antiinmigrante, los medios de comunicación sensacionalistas y la incertidumbre social debida a la crisis han re-articulado el discurso sobre derechos humanos en el marco del paradigma securitario, poniendo límites a su universalidad.

Estos dos marcos de referencia son dominantes en toda Europa, aunque los estudios sobre actitudes de la población de los estados europeos hacia los solicitantes asilo y sobre su tratamiento mediático en los diferentes países evidencian matices. Estas diferencias confirman la importancia del círculo vicioso racista entre medios de comunicación, discurso de las élites y discurso social, que opera en la *mediapolis*.

En el mismo artículo citado hemos apuntado tres procesos básicos a través de los cuales se construyen estos dos marcos: la negación, la diferenciación y la representación del otro como amenaza.

La negación. Siguiendo a Cohen (2001) podemos encontrar tres tipos de negación: *la negación literal* que rechaza que un hecho haya sucedido; *la negación implicatoria* que acepta lo sucedido pero minimiza sus implicaciones sociales y políticas; y *la negación interpretativa* que niega la responsabilidad de las personas imputables, atribuyendo las causas de lo sucedido a las propias víctimas (cuando se ocultan las causas del conflicto, cuando se condena la irresponsabilidad de padres y madres que ponen en peligro las vidas de sus hijos e hijas en el mar, etc.).

From racism and moral boundaries work to civil resistance and social change: the civil society face to forced migrations

La diferenciación. La diferenciación radical a través de la racialización encuentra un ambiente particularmente receptivo en el contexto de la crisis económica y del estado del bienestar. La crisis representa un acelerador de los discursos incendiarios basados en la retórica del miedo. Las personas refugiadas representan una “amenaza integral”: pueden traer enfermedades, pueden infiltrarse terroristas, aumentan la delincuencia en nuestra sociedad, se aprovechan de nuestro sistema de bienestar, amenazan nuestros valores y nuestra identidad, crean incertidumbre, aumentan la delincuencia. La imagen que resumen estas diferentes formas de amenaza es el “*Homo Islamicus*” amenazante, retrógrado y violento (Martín Muñoz y Grosfoguel, 2012).

La construcción del otro como amenaza. En las últimas décadas se han llevado a cabo numerosos análisis de medios que han puesto en evidencia como estos medios de comunicación representan y construyen a las personas refugiadas como amenaza (ICAR, 2012). Richardson y Colombo (2013) han mostrado cómo en Europa el marco securitario dominante ha focalizado la atención sobre las políticas de control más que sobre las políticas de integración y que el discurso dominante sobre las personas en busca de refugio ha incorporado numerosos elementos de la retórica del miedo de la extrema derecha: las personas refugiadas como inmigrantes sin papeles que se aprovechan de nuestro sistema de bienestar, nuestra identidad y nuestra seguridad.

4. Estrategias de resistencia civil y cambio social frente a la barbarie

La comunicación es el elemento clave de cualquier estrategia de resistencia, por el papel central

que ocupa en todo proceso de dominación al crear significados, representaciones y construyendo la realidad. Como acertadamente nos recuerda Castells (2009): “El poder se ejerce fundamentalmente construyendo significados en la mente humana mediante los procesos de comunicación que tienen lugar en las redes multimedia globales-locales de comunicación de masas, incluida la auto-comunicación de masas”; porque “la capacidad para emplear con éxito la violencia o la intimidación requiere el enmarcado individual y colectivo de las mentes” (p. 535). Y si todas las redes de poder lo ejercen influyendo en la mente humana principalmente, es a través de las redes multimedia de comunicación de masas como podemos construir lo que Holston (2008) llama “ciudadanía insurgente”. Se trata de construir un contrapoder (intento deliberado de cambiar las relaciones de poder) que “se activa mediante la reprogramación de redes en torno a valores e intereses alternativos o mediante la interrupción de las conexiones dominantes y la conexión de redes de resistencia y cambio social” (Castells, 2012, p.28).

Hemos planteado en este texto cómo las fronteras morales se construyen, sobre todo, a través de procesos comunicativos que se producen y transmiten en la mediapolis, que no es otra cosa que la esfera pública mediada en la que la acción cívica y la participación tienen la oportunidad de crecer (Tufte, 2015). Esta mediapolis, aunque embrionaria e imperfecta, es un punto de partida necesario

notas

¹ Utilizamos la expresión personas no-refugiadas en lugar de refugiadas, porque en sentido estricto las personas que buscan refugio no pueden llamarse refugiadas (hasta tanto no tengan concedida la protección internacional). Pensamos que llamar a estas personas “refugiadas” es situarnos en el campo de la dominación, pues las nombra como algo que no son, confundiendo el derecho que se les niega con la realidad que padecen (en realidad ellas aspiran serlo, pero se les está negando esa posibilidad).

Del racismo y la construcción de fronteras morales a la resistencia y el cambio social: la sociedad civil frente a las migraciones forzosas

para la creación de un espacio vital global más efectivo. Este espacio mediado de visibilidad es, sobre todo, un espacio de potencial y posibilidad (Silverstone, 2010). Los criterios de hospitalidad, justicia y ética mediática son puntos de referencia basados en la moral que pueden contribuir a alcanzar una comunicación completamente efectiva en la mediapolis: ese espacio dialógico que “es a la vez una posibilidad social abarcante y una expresión de la diversidad empírica del mundo” (Silverstone, 2010).

Vivimos en una sociedad de riesgo en que prevalece la cultura del miedo y la inseguridad, por ello nuestro desafío fundamental es ayudar a establecer las bases para una “comunicación empática” (Tufte, 2015), capaz de deconstruir las realidades que desencadenan la inseguridad (Curbet, 2006). Por todo ello sostenemos que buena parte de las estrategias de resistencia se juegan en la mediapolis, pues de lo que se trata es de definir una nueva agenda y construir nuevos marcos de interpretación deconstruyendo los existentes (en este sentido, cualquier tipo de participación implica agencia). Existe una “potencial sinergia entre el ascenso de la auto-comunicación masiva y la capacidad autónoma de las sociedades civiles alrededor del mundo” (Castells, 2009, p.303).

Si la mediapolis es el espacio privilegiado de la definición de las fronteras simbólicas, es desde este espacio público mediático que podemos plantear, aunque sea de forma esquemática, algunas estrategias que pueden contribuir a la deconstrucción de las fronteras morales.

Si las fronteras morales son un dispositivo tanatopolítico que se articula a través de un proceso de negación -diferenciación- construcción del otro como amenaza, las estrategias de resistencia ten-

drán que desarrollarse a través de un proceso de hacer comprender -rehumanizar- responsabilizar.

Comprender

Sontag considera ingenua la idea según la cual el poder de las imágenes está en su capacidad de fomentar el repudio a la atrocidad o la insensatez. Para ella, se necesita algo más que conmoción, en la medida en que ver no es comprender. Hace falta comprensión del hecho: algo que las imágenes no brindan por sí mismas (Sontag, 2003, p.104). La mera aparición del otro en estado de crisis no basta para “comprometernos” con él ya que el efecto puede ser efímero o contrario: llevar a la negación y la indiferencia, por lo que no hay que confundir la conexión con la cercanía, la cercanía con el compromiso, o la visibilidad con la responsabilidad (Silverstone, 2010).

Es necesario visibilizar el sufrimiento sin espectacularizarlo, hacer comprender las causas y las implicaciones de la situación de las personas en busca de refugio, visibilizar la complejidad del problema, la relación que tiene con el sistema de desigualdad global; pero es también necesario visibilizar el coste social, político, ético y estratégico de la “indiferencia”.

Rehumanizar

La fotografía de Aylan nos ha mostrado los efectos de una ruptura (lamentablemente efímera) de las fronteras morales: el tipo de imagen, su tratamiento mediático, conocer su nombre y su familia, su ropa, el fenotipo, su edad o su posición en la playa han contribuido a rehumanizar a las personas refugiadas. El desafío es cómo rehumanizar a las personas refugiadas sin caer en el sensacionalismo, puesto que apostar por el dramatismo

From racism and moral boundaries work to civil resistance and social change: the civil society face to forced migrations

es fácil a corto plazo, pero peligroso a largo plazo: el drama se normaliza, nos acostumbramos a la tragedia o activamos mecanismos de defensa que pueden llegar a culpabilizar a las víctimas.

La investigación psicosocial nos ha dado numerosas claves, fundamentadas en un riguroso trabajo científico, para poder fomentar la empatía, la toma de perspectiva y rehumanizar a colectivos que suelen estar excluidos de nuestra esfera moral. Se trata de operativizar estas claves, y además, de forma participativa y dialógica, generar propuestas creativas que nos permitan llegar a rehumanizar a las personas refugiadas, para que vuelvan a ser sujetos de derechos y para que la indignación frente a su situación sea realmente movilizadora.

Frente a la diferenciación radical, es necesario construir un nuevo “nosotros”, más inclusivo y complejo. Se trata de presentar a las personas refugiadas como sujetos y no como masa anónima, mostrar su heterogeneidad, visibilizar la complejidad de las personas y sus múltiples identidades. Subrayar los elementos comunes ayuda a romper las barreras entre grupos y facilita la identificación. Conocer la historia de una persona, conocer su identidad, darle voz y rostro aumenta la empatía hacia ella. Nombrar y ser nombrado, estar presente y hacer presentes a quienes son rechazados y devueltos al infierno, es un modo necesario de resistencia: “si la indiferencia es un elemento clave de la lógica de dominación, la empatía es una forma de ‘disidencia emocional’” (Zamperini, 2007).

Responsabilizar

La rehumanización implica responsabilizarse y comprometerse en el terreno de la acción. Porque la inacción nos recolocaría de nuevo en el campo de la indiferencia y la desconexión moral. Y actuar

sólo es posible si nos responsabilizamos de la situación-problema.

Para fomentar la responsabilidad no es suficiente visibilizar el sufrimiento, sino dar elementos para su comprensión, identificar las causas del problema, sobre todo aquellas que tienen que ver con nosotros, plantear posibles soluciones, crear las condiciones para que las personas puedan intervenir. Si las causas no son claras podemos culpar a las víctimas de lo que está pasando para proteger nuestra visión del mundo. Por otra parte el sufrimiento sin solución, sentirse incapaces de intervenir o, siendo capaces, no tener la posibilidad de intervenir nos genera ansiedad y frustración y al final preferimos “no mirar” para no estar mal.

Hacer comprender, rehumanizar y responsabilizar son estrategias de resistencia que permiten “repolitizar el sufrimiento” (Valverde, 2015). La tanatopolítica despolitiza (quita todo contenido político a los temas sociales en general, y a la situación de las personas migrantes/refugiadas que habitan en la zona del no-ser en particular) manipulando el lenguaje, culpabilizando, negando e invisibilizando las causas y los contextos. La necesaria repolitización del sufrimiento sólo puede ocurrir cuando llenemos de contenido político la realidad, nombrando las injusticias y generando un nuevo relato.

5. Cómo construir el relato de la sociedad civil organizada para el cambio social

Ya dijimos que cualquier forma de participación implica agencia. Y hoy, la sociedad civil organizada (a través de movimientos sociales, asociaciones, plataformas ciudadanas y redes de activismo so-

Del racismo y la construcción de fronteras morales a la resistencia y el cambio social: la sociedad civil frente a las migraciones forzadas

cial), tenemos posibilidades de agencia en múltiples e interdependientes niveles. Una capacidad de agencia a nivel local que puede ser una práctica social conectada con otras a través de redes multimodales en múltiples niveles. “Las redes transnacionales de defensa y promoción contribuyen a dar apoyo a los esfuerzos a nivel local, así como a configurar plataformas transnacionales para la acción y la reflexión” (Tufte, 2015, p.167). Esta posibilidad de creación y desarrollo continuo de espacios y foros de activismo transnacionales a nivel global, establecen elementos de lo que Bauman (2010) ha llamado un “estado social global”, en reconocimiento del fracaso de las iniciativas gubernamentales al respecto.

Este advenimiento del “encumbramiento de la mediapolis” atestigua el ascenso de una esfera pública mediada en la que la acción cívica y la participación tienen la oportunidad de crecer. Pero tener la oportunidad no significa crecer automáticamente. Para que esa oportunidad se convierta en hecho, la sociedad civil ha de ingresar en el espacio público con voz propia y tratar de convertir su relato en hegemónico.

Como señala Manuel Castells (2009), “en un mundo marcado por el ascenso de la auto-comunicación masiva², los movimientos sociales y las políticas insurgentes tienen una posibilidad de ingresar al espacio público desde múltiples fuentes. Al utilizar tanto redes de comunicación horizontal como los medios masivos para dar a conocer sus imágenes y mensajes, aumentan sus chances de promover el cambio social y político -aún si parten de una posición subordinada en términos de poder institucional, recursos financieros, o legitimidad simbólica-” (p. 302).

Uno de los retos en la construcción de un relato

alternativo consiste en deconstruir las realidades que desencadenan la inseguridad, porque es en el relato de la construcción del otro como amenaza, donde se asienta la cultura del miedo, el paradigma securitario, la construcción de fronteras morales y la indiferencia. No se puede desarrollar una “comunicación empática” sin esa deconstrucción en que se asienta la “comunicación del menosprecio”. Conviene distinguir, para ello, la inseguridad objetiva de la inseguridad ciudadana (Curbet, 2006): la primera se refiere a los hechos materiales establecidos que generan inseguridad, pero la segunda remite a un sentimiento menos detectable que se asienta en la falta de comprensión, la deshumanización y la no-responsabilización frente al sufrimiento injusto.

La ciudadanía entonces, más allá de un conjunto de derechos y obligaciones conferidos por el estado a ciertas categorías de individuos, hemos de entenderla también como un concepto multidimensional que incluye agencias, identidades y acciones de las personas mismas (Tufte y Enghel, 2009). El hecho de que la llegada de nuevos medios hayan hecho surgir nuevas dinámicas sociales y políticas no representa necesariamente una práctica comunicacional del tipo que Silverstone considera posible a partir de la mediapolis, ya que -como advierte Bauman- los nuevos medios podrían no estar articulando relaciones nuevas sino reforzando las existentes.

En este contexto, cobran importancia lo que Tood llama las “esferículas públicas”³ que en tanto esferículas de la sociedad civil, están construidas y controladas por organizaciones de la sociedad civil.

Nos parece relevante en este sentido, mencionar la importancia de la estrategia comunicativa de ONG, movimientos sociales y plataformas mediá-

From racism and moral boundaries work to civil resistance and social change: the civil society face to forced migrations

ticas. Ha de tenerse claro que el discurso público, por sí mismo y en contra de lo propugnado por el ideal haber masiano, no genera de forma automática compromiso cívico ni participación en las actividades comunitarias, si no está vinculado con la conciencia y la comprensión. Un ejemplo de esto son las campañas humanitarias que se realizan a través de las redes sociales, y que con frecuencia simplifican las propuestas de acción. Sin conciencia ni comprensión crecientes, las oportunidades del discurso y la acción a menudo pueden caer en el “clickactivismo” si no se combinan con la participación ciudadana. Este enfoque combinado de la participación ciudadana que integra discurso, acción y comprensión se vincula con el modelo de concientización de Paulo Freire, basado en la “comunicación dialógica” que evita tanto la acción irreflexiva -el mero activismo- como la reflexión sin acción -el mero verbalismo-. La cuestión central, por tanto, es el uso social de las tecnologías de la información y la comunicación para acentuar los procesos de participación y fortalecimiento de la ciudadanía, entendida ésta como práctica social multidimensional (colectiva y no solo individual) en el sentido que advertíamos antes. Y es que la movilización que muchos movimientos sociales enfatizan no se sostiene por sí sola; debe estar conectada a una lucha a largo plazo, lo que implica un nivel completamente diferente de participación ciudadana (Duncombe, 2007).

Es preciso tener propósitos claros y una estrategia transparente para evitar el peligro de cooptación de ONG (que en muchos casos ya se ha constatado), movimientos sociales y plataformas ciudadanas: narrar historias de la vida real; responder a las necesidades de la gente y no a las de los técnicos o las instituciones; escuchar activamente lo que el sufrimiento nos dice; ir más allá de la provisión de servicios para entrar en el

terreno de la reivindicación y la defensa de derechos; abandonar la linealidad y entrar en lógicas de movilización y agregación (abandonar el chiringuito/salir de la zona de confort); establecer el protagonismo del sujeto (que no puede ser otro que la subalternidad) en los procesos participativos; recuperar y utilizar la memoria colectiva y de movilización (el potencial de energía solidaria y de cooperación de las comunidades), del legado de exclusión y resistencia; etc. El papel de los nuevos medios digitales de los movimientos sociales debe ser múltiple: difundir información, abrir espacios para la crítica social y facilitar formas de movilización social, a menudo en un proceso sinérgico con los medios tradicionales, como se ha puesto de manifiesto especialmente en 2011 (Gerbaudo, 2012). La acción conectiva es fundamental para la durabilidad de las movilizaciones, ya se trate de una acción colectiva intermediada por una organización (como la iniciativa *Refugio Ya*, por ejemplo), facilitada organizacionalmente (como las movilizaciones *Pasaje Seguro Ahora*, por ejemplo), o una acción conectiva facilitada por la multitud (como puede ser la *Caravana a Grecia Abriendo Fronteras*).

No debemos olvidar nunca que “los principales cambios en el desarrollo de la sociedad han sido históricamente procesos de abajo hacia arriba, que emergen de grupos de personas que se han movilizado, organizado y defendido sus casos, comunicando sus causas y logrando obtener sus dere-

notas

² Comunicación y mensajes producidos por la sociedad civil a través de redes sociales y medios de comunicación digitales y alternativos o contrahegemónicos. Esta aclaración, es propia de los autores de este artículo, no del autor citado.

³ La fragmentación y multiplicación de la esfera pública “esparcida como glóbulos del mercurio” (Gitlin, 1998, p. 173).

Del racismo y la construcción de fronteras morales a la resistencia y el cambio social: la sociedad civil frente a las migraciones forzadas

chos” (Tufte, 2015, p.219). Para influir en las estructuras de poder y tener voz en los procesos de cambio social y político, es precisa una articulación creciente de tácticas de los ciudadanos/as movilizados: Según Michel de Certeau (1984), las tácticas son los esfuerzos realizados por la gente común para crear espacios propios, en los cuales se pueden superar las estrategias de estructuras de poder a las que están sometidos. La respuesta de la ciudadanía es tratar de desarrollar tácticas ciudadanas-modos y significados para crear sus propios usos y significados en la vida cotidiana. Contrariamente a una perspectiva periodística tradicional, la agencia no tiene por qué residir exclusivamente en el seno de los medios de comunicación o del periodista, sino de los ciudadanos. Siempre que comprendamos, rehumanicemos y nos responsabilicemos, claro.

6. Una propuesta conclusiva

No queremos terminar estas reflexiones sin hacer referencia a cinco cuestiones clave que toda acción que pretenda revertir el sistema de dominación racista en el campo de las migraciones forzadas ha de considerar.

El trabajo social como profesión (a través de sus organizaciones profesionales y colegiales) es parte de la sociedad civil organizada; y las trabajadoras sociales, si queremos luchar por la transformación social en lugar de ser agentes de reproducción de la desigualdad, tenemos que tomar conciencia de nuestro papel como catalizadores del cambio social.

Para jugar ese papel, es preciso utilizar cinco grandes guías de acción:

Una mirada **crítica**, que incluye tanto la capacidad para descodificar y analizar críticamente los mensajes que se intercambian en la *mediapolis*, como para cuestionar y revisar las propias acciones e intervenciones (una práctica reflexionada, que evite caer en el puro activismo irreflexivo).

Una apuesta clara por la **transformación**, lo que implica desarrollar un determinado tipo de procesos comunicativos (no se trata solamente de persuadir), se trata de comunicar en el más profundo sentido de la palabra: poner en común, compartir con los otros, mediante una retroalimentación empática.

Una acción **participativa**, pues la comunicación -en sí misma- no produce cambios, a no ser que los procesos comunicativos se inserten en procesos de acción social y acción comunitaria. El reconocimiento y la construcción de los sujetos como actores del cambio, no puede lograrse si no es mediante la participación.

Una acción **dialógica**: la comunicación para el cambio social no es otra cosa que el enfoque dialógico aplicado a los procesos de comunicación social, es lo que hemos llamado en el texto una “comunicación empática”.

Todo lo anterior no es posible si no se produce un auténtico **empoderamiento** de las personas, que se ha de traducir -al menos- en capacidad para comunicar de manera eficaz, capacidad y competencias para dialogar, para trabajar con los otros en contextos de diversidad y complejidad.

From racism and moral boundaries work to civil resistance and social change: the civil society face to forced migrations

BIBLIOGRAFÍA

- Amnistía Internacional (2016). *Informe 2015/16 Amnistía Internacional. La situación de los derechos humanos en el mundo*. Londres: Amnistía Internacional.
- Anderson, M. (1996). *Frontiers: Territory and State Formation in the Modern World*. Cambridge: Polity Press.
- Anders, G. (2010). *Nosotros, los hijos de Eichmann: Carta abierta a Klaus Eichmann*. Madrid: Paidós Ibérica.
- Baeza, J. (2016). Administración torpe, ciudadanía generosa. En *Refugiados, revista monográfica de eldiario.es*, (13), 71.
- Bauman, Z. (2010). *Living on borrowed time*. Cambridge: Polity.
- Bierbrauer, G. (2000). Social Justice and Political Ideology in an immigrant country. En T. Baums, K.J. Hopt y N. Horn (Eds.), *Corporations, Capital Market and Business in the Law* (pp. 89-99). Londres: Kluwer Law International.
- Buraschi, D. y Aguilar, M^a J. (2016). Indiferencia, fronteras morales y estrategias de resistencia. *Documentación Social*, (en prensa).
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza.
- CEAR (2015). *Las personas refugiadas en España y en Europa*. Madrid: Comisión Española de Ayuda al Refugiado.
- Chouliarakis, L. (2006). *The Spectatorship of Suffering*. Londres: Sage.
- Cohen, S. (2001). *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering*. Cambridge: Polity Press.
- Curbet, J. (2006). *La globalización de la (in)seguridad*. La Paz: Plural.
- De Certeau, M. (1984). *The Practices of Everyday Life*. Berkeley: University of California.
- De Sousa Santos, B. (2010). Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes. En H. Cairo y R. Grosfoguel (coord.), *Descolonizar la modernidad, descolonizar Europa. Un diálogo Europa – América Latina*, (pp. 101-146). Madrid: IEPALA.
- Devine, P. (1989). Stereotypes and Prejudice: Their Automatic and Controlled Components. *Journal of Personality and Social Psychology*, 56 (1), 5-18.
- Duncombe, S. (2007). *Dream: Re-imagining Progressive Politics in an Age of Fantasy*. Nueva York: The New Press.
- Foucault, M. (2008). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gerbaudo, P. (2012). *Tweets and the Streets. Social media and Contemporary Activism*. Londres: Pluto.
- Gitlin, T. (1998). Public sphere or public sphericules?. En T. Liebes, J. Curran y E. Katz (Eds.), *Media, Ritual and Identity* (pp. 168-174). Londres: Routledge.
- Holston, J. (2008). *Insurgent Citizenship. Disjunctions of Democracy and Modernity in Brazil*. Princeton: University of Princeton.
- ICAR (2012). *ICAR Briefing: Asylum seekers, refugees and media*, February 2012. Recuperado 26.06.2016 www.icar.org.uk/Asylum_Seekers_and_Media_Briefing_ICAR.pdf
- Lamont, M. y Molnár, V. (2002). The study of boundaries in the social sciences. *Annual review of sociology*, 28, 167-195.
- Martín Muñoz, G. y Grosfoguel, R. (2012). *La islamofobia a debate. La genealogía del miedo al Islam y la construcción de los discursos antiislámicos*. Madrid: Biblioteca Casa Árabe.
- Moore, K. (2012). Asylum Crisis, National security and the re-articulation of human rights. En K. Moore, B. Gross y T. Threadgold (Eds.), *Migrations and the Media*. Nueva York: Peter Lang.
- Opatow, S. (1990). Moral exclusion and injustice: An introduction. *Journal of Social Issues*, 46 (1), 1-20.
- Rancière, J. (2010). *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial.
- Richardson, J. E. y Colombo, M. (2013). Continuity and change in anti-immigrant discourse in Italy: an analysis of the visual propaganda of the Lega Nord. *Journal of Language and Politics*, 12 (2), 180-202.
- Saxton, A. (2003). I certainly don't want people like that here: The discursive construction of "asylum seekers". *Media*

Del racismo y la construcción de fronteras morales a la resistencia y el cambio social: la sociedad civil frente a las migraciones forzadas

International Australia Incorporating Culture and Policy, 109 (11), 109-120.

Silverstone, R. (2010). *La moral de los medios de comunicación. Sobre el nacimiento de la polis de los medios*. Madrid: Amorrortu.

Sontag, S. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Barcelona: Círculo de Lectores.

Tufte, Th. (2015). *Comunicación para el cambio social. La participación y el empoderamiento como base para el desarrollo mundial*. Barcelona: Icaria.

Tufte, Th. y Enghel, F. (2009). Youth Engagibg with Media and Communication. Different, Unequal and Disconnected?. En Th. Tufte y F. Enghel (Eds.). *Youth Engaging with the World. Media, Communication and Social Change*. Nordicom: University of Gothenburg.

Valverde, C. (2015). *De la necropolítica a la empatía radical. Violencia discreta, cuerpos excluidos y repolitización*. Barcelona: Icaria.

Zamperini, A. (2007). *L'indifferenza. Conformismo del sentire e dissenso emozionale*. Torino: Einaudi.